

América: un argumento más para su condena. Es el Caribe como nuevo centro del comercio mundial, disputado por todos los imperios. Son los negros de Haití hablando en la Asamblea Nacional Francesa...

Por ello el libro de Arciniegas opone al occidente tomista y monárquico la fuerza renovadora de una América bolivariana y republicana. Dice así:

De 1819 en adelante, una serie de triunfos increíbles fue mostrando a Bolívar que sí era posible luchar contra la naturaleza y vencerla, contra España y derrotarla, contra veinte siglos de monarquía y salir adelante con repúblicas (p. 343).

Que Bolívar no terminara por creer en esa hazaña que había realizado, que dijera: «toda América junta no vale una armada inglesa», no demerita sus colosales logros, ni hace menos perturbadores sus perplejidades y desalientos. Estos «nuevos» Bolívares nos demuestran que aún no lo conocemos del todo.

Las palabras de Arciniegas reclamaban, desde 1984, la biografía que todavía nos falta:

La guerra nuestra fue algo más serio de lo que Europa ha visto y desdeñado. Y más serio de cuanto América ha vivido sin tomar conciencia de su profundidad. Este es el problema filosófico que deja en suspenso la biografía que nadie escribe del Libertador, por un antiguo resabio de hacer la vida de los héroes transfigurando sus errores en virtudes (p.342).

En todo caso, este libro de Arciniegas esboza el marco adecuado: un Bolívar mundial, un Bolívar americano, un Bolívar contradictorio. Y, curiosamente un Bolívar tan decisivo que su figura aún suscita la atracción autobiográfica y crítica de quienes se le aproximan. Ante la magnitud de lo que hizo no nos queda más remedio que tomar partido. Así la conclusión del libro de Arciniegas, un confeso partidario de Francisco de Paula Santander sin por ello dejar de ser un ferviente admirador de Bolívar, es interesante por la vastedad polémica que insinúa:

En el proceso revolucionario que va del XVIII al XIX, con sus derechos del hombre, las limitaciones al soberano, los parlamentos reforzados, la participación de todas las clases sociales, los recortes al poder eclesiástico y a la aristocracia, las hechuras de las leyes por el parlamento y no por la voluntad real... de todo, de todo, lo más radical fue la independencia proclamada por los pueblos de América. Lo demás no son sino variaciones en el sistema antiguo. En la independencia se va más lejos. Se frenan para siempre los imperios y surge un derecho nuevo. Salen remozadas todas las otras expresiones de la revolución. Bolívar entra a ser el instrumento que trabaja en lo más radical del más revolucionario de los siglos. Su obra está ahí. Y sólo ahí. No hay que equivocarse (p. 345).

Red de referencias que se amplía y limitaciones que se señalan: el libro de Arciniegas suscitó el debate que era de esperar, el cual se halla documentado en *Arciniegas de cuerpo entero* (Bogotá, Planeta, 1987). Pero no es el caso volver a él sino de retomar una frase de Hegel: «La monarquía es la esencia de Europa, y hasta ahí llega la historia», la cual, con la soberbia de un pensamiento que aspiraba a una totalidad sin resquicios, parecía cerrar toda otra vía. Pero la historia ya no es sólo propiedad europea: así lo demostró Bolívar. Así lo corroboran historiadores y novelistas. Como si la imaginación americana tuviese que rellenar los vacíos que la racionalidad europea se muestra incapaz de cubrir.

Aquí una digresión: si bien el libro de Arciniegas es el libro de un periodista-historiador, los tres libros siguientes, de Caupolicán Ovalles, Fernando Cruz Kronfly y Denzil Ro-

mero, son novelas acerca de Bolívar. ¿Estamos asistiendo entonces a similar proceso al que llevó a varios escritores latinoamericanos a escribir novelas sobre el tema del dictador partiendo de los ilustres antecedentes de *Tirano Banderas* (1926), *El señor presidente* (1946), y *El Gran Burundú-Burundú ha muerto* (1952) para desembocar en esa trilogía ya célebre de *El recurso del método* (1974), *Yo el supremo* (1974) y *El otoño del patriarca* (1975)? ¿Los dictadores son sustituidos ahora por los héroes de la independencia (esos héroes, por cierto, que dieron paso a aquellos caudillos), en el proseguido afán de madurez de un continente que intuye como más válidas las formas de reinterpretación global de la ficción que las más limitadas de la especialización? ¿Y no es acaso, en definitiva, la historia otra forma de narrar?

Por ello la base de estas tres novelas, como de la ulterior de García Márquez, puede fijarse, con el asentimiento de los autores, en una personal investigación histórica sobre Bolívar: documentos de la época, testimonios de contemporáneos, el aporte de los biógrafos llámense Gerhard Masur o Salvador de Madariaga, Waldo Frank o Indalecio Liévano Aguirre. Y, claro está, en la imaginación de quien recrea tales datos, y los utiliza según el curso creativo de su peculiar narración. La ficción se nutre de la historia para ir más allá de ella, y esclarecer el pasado en el diálogo imaginario, y nunca cerrado, del espacio verbal. ¿Qué «nuevos» Bolívares surgen entonces de estos tres primeros intentos de ficción?

Tres novelistas en pos de Bolívar

Caupolicán Ovalles, poeta venezolano nacido en 1936, ha trajinado entre papeles, viejos y nuevos. Miembro del grupo «El techo de la ballena» (1961-1967), que integró el elenco iconoclasta de los años 60, ha dedicado buen tiempo a conservar lo que llama «La gran papelería del mundo», una secular colección de papeles, revistas y documentos históricos venezolanos, reunidos por su abuelo, y que hoy forman parte del patrimonio nacional de su país. Estos dos elementos, poeta y archivista heterodoxo, incidirán en su novela.

Aparecida en 1986, ésta se presenta como el intento de una pareja por recrear en sí misma, y desde Europa, un episodio central y muy debatido de la mitología bolivariana, «como es el de la Monarquía y la supuesta o cierta o infundada coronación de mi personaje» (p. 9).

A partir de allí el texto, sostenido más en la invención verbal que en una trama coherente, hilvana episodios conocidos de la vida del Libertador: su relación con su preceptor Simón Rodríguez; una carta de Francisco Bermúdez oponiéndose, con su vida, a que Bolívar sea rey; la noche pasada bajo el puente cuando la conspiración septembrina, una artículo sobre el tema de la monarquía aparecido en Estados Unidos con otros episodios de carácter más bien inventivo, en su presentación: Bolívar dialogando con el padre Las Casas; teniendo un encuentro con la emperatriz Josefina en la Malmaison, asistiendo a un ensayo de la coronación de Napoleón, a un baile de máscaras, a la ejecución de un cuadro por parte de David.

Todo ello anudado por una prosa libérrima, la poética prosa gracias a la cual los amantes-investigadores, libres del tiempo y el espacio, se comunican, mediante la rela-

ción Bolívar-Manuela, sus propias ansias. Collage surrealista donde el lirismo de los fragmentos va creando una atmósfera muy permeable que halla en la volatilidad del colibrí su símbolo.

Ovalles inventa imágenes sobre un trasfondo histórico: aquél que ciertos discursos o documentos le proporcionan para plantear su debate en torno a la monarquía y al hipotético imperio andesino (Colombia, Perú y Bolivia). Quizás el núcleo central del libro y que aportaría otro dato clave en la caracterización de estos «nuevos Bolívares» sería el conocido discurso del 20 de enero de 1830, cuando Bolívar, ante el Congreso instalado en Bogotá, renuncia a la presidencia, y el tratamiento que Ovalles le da.

El discurso, cual obra teatral, se ve comentado por la voz de siete ciudadanos y un coro que contradicen cada una de sus afirmaciones desde su opositor punto de vista, mostrando la distancia entre la realidad verbal que Bolívar promulga y lo que unos ojos ajenos glosan párrafo por párrafo. Fractura entre los hechos y la retórica, que agudiza así la interacción de los múltiples discursos, y que confirma, una vez más, cómo entre palabras y hechos se abren abismos. ¿Acaso la revolución venezolana de 1826, el grito de la tercera división auxiliar del Perú, la disolución de la Asamblea de Ocaña, la revolución de Obando y López, el sacrificio de Córdova, el 25 de septiembre, no fueron reacciones peculiares ante una posible monarquía?

De este modo los variados puntos de vista despliegan sus interrogantes, más allá de Bolívar y quienes lo apoyaban o se le oponían, más allá del autor y su revisión de estos conflictos, para arribar a un lector que penetra en la historia por la vía de lo posible. Debate escenificado que no deja de tener un libreto documental que no alcanza a recortar el signo propio del libro: juego inventivo, encanto sonoro de un diálogo entre enamorados. Con la ficción se ha cuestionado la unilateralidad de la historia: su versión única. Con la imaginación se ha reconstruido lo que nos hacía falta, el vedado terreno de lo que pudo ser: ¿Quiso ser rey?

Fernando Cruz Kronfly, colombiano nacido en 1943, publicó en mayo de 1987 *La ceniza del libertador*, continuación de una obra narrativa que ostentaba otros dos títulos. En este caso, desde la portada del libro se resumía su contenido: «Los días perdidos del libertador Simón Bolívar en su último viaje, por el río Magdalena, desde Honda hasta Santa Marta».

Se trata de una novela extensa, de 341 páginas en cincuenta y un capítulos que comienza con Bolívar embarcándose en Honda, por el Magdalena, para ir a morir en Santa Marta, en un sampán acondicionado y siete embarcaciones menores que lo acompañan. Un Bolívar que anhela llegar al mar para vomitar sus humores y no oír más las voces que lo consideran un «tirano despreciable» (p. 15). Un viajero enfermo y aquejado por la fiebre, que no come y al cual secundan siempre sus dos perros, su fiel José Palacios, y los delirios incesantes que su ruinoso estado suscita. El que quizá resulte más llamativo, pues determina la estructura del libro, es la convicción de que en el piso superior del barco, ahora transformado en buque de vapor, ruidos confusos lo lleven a creer que allí también viaja un cuerpo del ejército, encargado de su vigilancia, o se prepara un baile, en su honor. Las variaciones en su estado de ánimo pueden lle-